

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
MONTERREY

Apéndice

NOTAS SOBRE EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN MONTERREY

RESUMEN.— He aquí un tema que espera todavía a quien o quienes deberán aclarar todas sus implicaciones.

Monte... la capital... a las 11:000 pobladores...
estaba muy por abajo de niveles de la provincia mexicana...
como Guadalupe, Victoria y otros, varias veces más...
poblada y con mayor actividad económica y política que la hoy...
titulosa "Capital Industrial de México".

En 1886 se fundó la primera fábrica textil en la región...
lunta en la zona poblada cercana a Monterrey. El costo...
para el inicio de \$ 75,000.00 y costaba con 58 telares...
para la época, con un rendimiento anual de \$ 45,000.00. Para...
estas fechas Nueva León contaba con 140,000 habitantes...
Monte... y Monterrey con 20,000 personas más o menos...
entonces... y...
Algunos años después en 1872 para ser exactos, nació la...
segunda fábrica de este tipo, situada en El Cercado, N. L., de...
trabaja... "diversas", por cierto, la primera de su...
se en el país. Estas fábricas... estrictamente unidas a las...
de... (Véase...)

En nuestro país, surgieron condiciones favorables para el
amplio desarrollo del capitalismo y para la consolidación de la
burguesía en ascenso, al terminar victoriosamente las luchas
patrióticas contra la intervención francesa, durante las cuales
se conjugaron los combates al yugo social de las fuerzas repre-
sentativas de un feudalismo en descomposición y la defensa de
la soberanía nacional.

Esto ocurría en los años del setenta del siglo pasado, que
fue precisamente cuando empezaron a surgir las primeras fábr-
icas en Nuevo León y a darse los pasos iniciales de un desarro-
llo económico importante. Antes de esto, la región era una de
las más atrasadas de la República, con una economía funda-
mentalmente de auto-consumo y con escasa participación en la
vida económica general del país.

"El Estado de Nuevo León se encontraba a la
caída del Imperio, como todos los del Norte, práctica-
mente despoblado, sin ninguna industria y con la agri-
cultura como única actividad productiva" (*), nos in-
forma la Historia Moderna de México.

Citaremos algunos datos para ilustrar mejor la situación
del Estado en aquellos años:

En 1821, al consumarse la Independencia, Nuevo León te-
nia 62,300 habitantes, es decir, el 1% aproximadamente de la
población total del país, estimada en 6.204,000 habitantes.

Monterrey, la capital, llegaba apenas a los 11,000 pobladores, estando muy por abajo de ciudades de la provincia mexicana como Guadalajara, Veracruz, Puebla y otras, varias veces más pobladas y con mayor actividad económica y política que la hoy orgullosa "Capital Industrial de México".

En 1856 se fundó la primera fábrica textil en la región, situada en La Fama, poblado cercano a Monterrey. Tenía un capital inicial de \$ 75,000.00 y contaba con 58 telares modernos para la época, con un rendimiento anual de \$ 45,000.00. Para esas fechas Nuevo León contaba con 140,000 habitantes aproximadamente y Monterrey con 20,000 poco más o menos.

Algunos años después, en 1872 para ser exactos, nació la segunda fábrica de este tipo, situada en El Cercado, N. L., destinada a producir "imperiales", por cierto, la primera de su clase en el país. Esta fábrica estaba estrechamente unida a la anterior, pues sus accionistas principales eran los mismos (Victor Rivero, Gregorio Zambrano y otros). Dos años después, nació una tercera fábrica textil en La Leona, N. L., que con las innovaciones impuestas por la época, existe todavía, al igual que las dos primeras.

Como dato curioso, pero ilustrativo del desarrollo alcanzado por esas fechas, podríamos mencionar que en 1880 se celebró lo que se llamó "I Exposición Industrial de Monterrey", organizada por la sociedad mutualista "Gran Circulo de Obreros de Monterrey", en donde fueron expuestos 461 artículos diversos, principalmente de artesanía y textiles, que se producían en la región.

Para 1882 se estableció la comunicación por ferrocarril entre Monterrey y Nuevo Laredo y poco después, a la capital de la República y puntos intermedios. El ramal a Tampico se inició en 1891, a Piedras Negras en 1892 y a Matamoros en 1902. De esta manera, para los años iniciales del presente siglo, Monterrey estaba convertido ya en un importante centro de comunicaciones con la frontera norte del país (Nuevo Laredo, Piedras Negras y Matamoros), así como con los puertos del norte en el Golfo de México (Matamoros y Tampico) y con el centro del país. Este hecho contribuyó poderosamente para acelerar el desarrollo de la zona metropolitana de Monterrey.

En 1883 funcionó la primera central telefónica y en 1890 empezó a trabajar la primera planta eléctrica para el servicio

público. El Gobierno del Estado decretó en 1888 la exención total de los impuestos a las industrias por un periodo de siete años, modificándose este decreto al año siguiente, para dejar a juicio del Ejecutivo el prolongar estas exenciones por un tiempo más largo.

En 1890 abrió sus puertas en Monterrey una sucursal del Banco Nacional de México y para fines del siglo existían también sucursales del Banco de Londres y México y el de Milmó. El Banco de Nuevo León se fundó en 1891 y en 1899 el Banco Mercantil de Monterrey, que fueron los dos primeros bancos locales que surgieron. Si tomamos en cuenta que en esta época existían en todo el país apenas 23 bancos, vemos que Monterrey ocupaba un lugar de importancia en este renglón.

Ya para entonces era visible el crecimiento de la ciudad de Monterrey en relación con el resto del Estado, pues si en 1856 de cada siete habitantes uno radicaba en Monterrey, en 1900 esta proporción había cambiado a que de cada 4.5 neoleoneses, uno era regiomontano.

Igualmente, Monterrey había dejado atrás, por el ritmo de su crecimiento, a las principales ciudades del país, como se puede apreciar en el cuadro siguiente:

CUADRO No. 1

Población de las principales ciudades del país en 1877 y en 1910

Ciudad	HABITANTES		% de crecimiento
	1877	1910	
México, D. F.	230,000	471,066	105
Guadalajara, Jal.	65,000	119,468	84
Puebla, Pue.	65,000	96,121	48
Monterrey, N. L.	14,000	78,528	461 (*)

Varias fueron las circunstancias que favorecieron este desarrollo de Monterrey y su zona metropolitana tan importante para esa época. Trataremos de localizar algunas:

En primer lugar, la vida económica y política del Estado fue sacudida fuertemente por las guerras que nuestro pueblo tuvo que sostener en defensa de su soberanía en contra de los invasores yanquis primero y de los franceses después, así como por las grandes luchas sociales de la Reforma, que tuvieron lu-

gár entre ambas invasiones. Esto sacó al Estado del relativo aislamiento en que hasta entonces había vivido y lo lanzó a la vorágine que estos hechos provocaron en el país, que dieron como resultado más importante el que se abrieran amplias posibilidades para el desarrollo impetuoso del capitalismo. Que estas posibilidades fueran deformadas por la penetración imperialista, que entonces se inició en gran escala y por factores nacionales, son cuestiones que no vamos a discutir aquí y que no varían el cuadro que estamos describiendo en lo relativo a Nuevo León.

Otro hecho importante fue que después de que los yanquis nos arrebataron la mitad de nuestro territorio nacional, el Estado quedó convertido en zona fronteriza y su capital con una posición geográfica muy favorable para el desarrollo del comercio con el sur de los Estados Unidos, y justamente durante la Guerra Civil en este país, el comercio alcanzó un gran desarrollo, pues a través de Monterrey se realizaban grandes operaciones mercantiles por los estados sureños, lo que se reflejó en el surgimiento de importantes casas comerciales, entre las cuales cabe destacar la Casa Calderón y Cia., de la cual surgió, andando el tiempo, la Cervecería Cuauhtémoc. (*) Los capitales que se acumularon en esos años fueron capaces de ser invertidos en otras ramas de la economía.

Otro resultado de la Guerra Civil en los Estados Unidos fue el que se produjo una cierta corriente migratoria hacia nuestro país, de ciudadanos que huían del conflicto bélico tan agudo que fue esta lucha y algunos centenares se radicaron en Monterrey, a cuyo desarrollo contribuyeron con sus conocimientos industriales y en no pocos casos, con sus capitales no despreciables. Por ello, abundan los apellidos extranjeros entre los primeros fundadores de las fábricas neoleonesas.

La cercanía a los puertos del norte del Golfo de México (Matamoros y Tampico) fue también una circunstancia que favoreció este desarrollo, así como la relativa cercanía a las principales zonas de materias primas de la región noreste del país, como el carbón del norte de Coahuila, el mineral de hierro de Durango, el algodón de Matamoros, Tamps., etc.

Una circunstancia que también ejerció un influjo notable fue que el feudalismo, tal y como existía en el centro del país, prácticamente estaba ausente en el Estado. Citemos, por ejemplo, el testimonio del Dr. José Eleuterio González ("Gonzalitos"),

uno de los ciudadanos más destacados de aquellos años y que siendo Gobernador del Estado se preocupó por levantar una estadística muy completa del mismo, quien decía en 1875:

"... La propiedad en el Estado está muy dividida y cada día se divide más, y solamente había dos haciendas tan grandes y valiosas de más de \$ 200,000.00 cada una: Potosí y Soledad, ambas en la parte sur y aún estas dos grandes propiedades se han dividido, con lo cual puede decirse que apenas hay haciendas que valgan \$ 100,000.00 y estas son muy pocas".
Y más adelante ratificaba:

"... Por lo demás está muy fraccionada la propiedad, que es comunísimo ver individuos que en un agostadero reclaman un derecho valioso de \$ 2.00 ó \$ 3.00 o en una acequia la propiedad de 5 minutos de agua" (*).

Esta fue, sin duda alguna, una feliz circunstancia, porque determinó que las principales fuerzas sociales que se oponían al desarrollo capitalista del país, cuyo principal soporte eran las haciendas feudales o semi-feudales, no fueran relativamente fuertes en Nuevo León y no pudieran, por tanto, influir de manera tan determinante como en otras regiones lo pudieron hacer, para impedir o retardar este desarrollo.

Por esos años se produjeron importantes cambios en la economía mundial que afectaron profundamente a nuestro país. Surgió el imperialismo, la etapa superior y última del capitalismo, y México se convirtió en campo propicio para la inversión de capitales extranjeros. Aunque en el cuadro general de las inversiones extranjeras Nuevo León no ocupa un lugar muy destacado, pues para citar un ejemplo, en lo que respecta a las inversiones norteamericanas aquí se localizaban solo el 2.2% del total de las mismas, (**) lo interesante es que estas inversiones se canalizaron casi exclusivamente hacia la naciente industria —como veremos algunos ejemplos más adelante— y las obras llamadas ahora de infraestructura. De todas formas, la participación de capitalistas ingleses, franceses, norteamericanos, españoles y de otras nacionalidades en mucha menor medida, contribuyó en muy importante grado al desarrollo de la industria neoleonesa.

Y finalmente, el hecho de que aunque el Estado participó

de manera destacada en la lucha contra los invasores franceses y en las grandes batallas sociales de la Reforma, las acciones bélicas principales se dieron fuera de su territorio, por lo que su economía se vio afectada en una escala relativamente reducida.

En esos años finales del siglo pasado se fundaron dos fábricas que estaban llamadas a jugar un rol de primera importancia en el desarrollo posterior de la región y por ello quisiéramos mencionarlas de manera especial, pues a lo largo de este trabajo más de una vez tendremos que referirnos a ellas. Se trata de la Cervecería Cuauhtémoc y la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey.

La Cervecería Cuauhtémoc fue fundada en 1890 con un capital de \$ 150,000.00, aportados en su mayoría por los socios de la casa comercial "José Calderón y Cía. Suc.", a la cual nos hemos referido líneas atrás. Sin embargo, participó de manera destacada un capitalista alemán, José Schnaider, venido al parecer de los Estados Unidos y cervecero de profesión. Este sujeto fue el que interesó de manera directa a los socios de la Casa Calderón para invertir en una industria completamente desconocida para entonces en la región.

Sea como fuere, la Cervecería inició sus actividades con 70 operarios —en su mayoría importados de los Estados Unidos— y dos empleados administrativos. Su primer Consejo de Administración lo integraron Isaac Garza, como presidente (*); José A. Muguerza, secretario; José Ma. Schnaider, vocal y Lic. Francisco Sada, como comisario. ¡Abuelos de una dinastía que hasta la fecha son los amos y señores en esta región que Dios les dio!

Su capacidad diaria de producción era en ese año de 29 hectolitros, suficientes para llenar 1,500 botellas y dos toneladas diarias de hielo.

Es muy sugestivo el señalar la presencia de capital alemán en esta empresa, porque ello explica algunas actitudes políticas de sus actuales propietarios, que al mismo tiempo que siempre mantienen una posición reaccionaria extrema, en ocasiones les gusta presentarse un poquitín antiyanquis, sobre todo en el extranjero, como cuando montaron su planta en la hermana República de Honduras. Pero en fin, esto es harina de otro costal.

Como no existía costumbre entre el pueblo de consumir la cerveza, en los primeros años se repartía gratuitamente en los tendajones ligados a la Casa Calderón, pero poco después, ya creado el mercado interno para esta "bebida de moderación", se inició el progreso acelerado de la industria y para 1903 ya tenía 700 trabajadores y 46 empleados. Dejaremos para un capítulo posterior describir el rápido desarrollo de esta empresa y sus ramificaciones hasta el presente, pues en su torno ha surgido uno de los más caracterizados monopolios regionales.

En cuanto a la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, nació en 1900 y fue la primera empresa de su tipo en América Latina, representando la inversión más fuerte de aquella época, pues surgió con un capital social de \$ 10,000,000.00, cifra enorme para aquellos años, y que fue suscrita en la forma siguiente: Eugenio Kelly, neoyorquino, tres millones de pesos; León Signoret, francés, dos millones y medio y el resto, por los hispano-mexicanos Vicente Ferrara y Antonio Basagoiti.

Era evidente que el surgimiento de una empresa de esta naturaleza era ya una necesidad imperiosa para el país, pues incluso en el mismo Monterrey ya se habían hecho algunos intentos menores en años atrás. Las razones por las cuales se escogió esta ciudad y no el Distrito Federal, fueron: su cercanía a las principales fuentes de materias primas conocidas en aquella época, sus facilidades en las comunicaciones y el hecho de que se trataba de una ciudad que se industrializaba rápidamente.

En el primer Consejo de Administración de esta empresa predominaban los nombres extranjeros: León Signoret, francés; Eugenio Kelly, yanqui; Antonio Basagoiti, español; Vicente Ferrara, italiano-español; (estos dos últimos radicados en el país desde hacía varios años). Mexicanos figuraban: Isaac Garza (a quien ya vimos en la Cervecería Cuauhtémoc); Ernesto Madero (hermano de Francisco I. Madero precisamente); Adolfo Zambrano, (ligado a la industria textil neoleonense); Valentin Rivero y otros.

El primer alto horno se inauguró el 18 de septiembre de 1903 y desde entonces tomó un camino ascendente, que permitió que en el limitado espacio de ocho años, la producción de hierro de primera fusión se multiplicara por 3.4 veces y la de lingotes de acero casi por diez. Y esto, a pesar de toda una se-

rie de dificultades que tuvieron que sortearse en esos primeros años de trabajo de la planta.

Así, en vísperas de la gran conmoción social que fue la revolución democrático-burguesa de 1910-17, encontramos al Estado de Nuevo León, con las características siguientes:

Su población era ya de 365,150 habitantes, es decir, el 2.4% del total nacional, estimado en 15.160,000. La importancia relativa del Estado en el conjunto de todo el país había pasado, a lo largo del siglo, del 1% en 1821, al 2.4% en 1910, lo que demuestra la existencia de un foco de desarrollo importante en la región: Monterrey, que contaba con el 23.6% del total de los habitantes del Estado, es decir, con 86,294 vecinos.

Estaban registradas 342 empresas industriales y aunque un gran número de ellas eran en realidad pequeños talleres de reparación o semiartesanos, representaban en su conjunto una inversión de \$ 56.892,174.00 de aquellos buenos pesos. Además de las fábricas que ya hemos citado a lo largo de este trabajo, podríamos agregar entre otras a las siguientes: las fábricas de muebles La Mexicana, La Malinche (una de las más grandes en América Latina), la de Salinas y Rocha y la del Ancora; Camas de Metal; la fundición de Peñoles; la planta de la American Smelting; la fundición de Fierro y Bronce Winfield; la Vidriera Monterrey; la fábrica de jabón La Reynera; la de pastas y galletas Las Amazonas; la fábrica de cigarrillos de hoja José R. Puente y otras más.

Monterrey tenía también un importante movimiento comercial, existiendo casas como la José Calderón y Cia.; la Holck (de capital alemán); almacenes Luis Lauro y otras, que extendían su influencia a toda la región noreste del país.

Por el valor de su producción industrial, Nuevo León ocupaba el primer lugar en todo el país, pues aquí se producía el 13.5% del total nacional, estando por encima incluso del Distrito Federal, que aportaba el 11.7%.

En la obra monumental "Historia Moderna de México", que hemos venido citando repetidas veces, se hace el siguiente comentario:

"Con todo, el Distrito Federal aún no se convertía hacia fines del porfiriato en el principal centro manu-

facturero del país; Nuevo León ocupaba el primer lugar en cuanto al valor de la producción industrial" (*).

Señalemos por último, que los obreros industriales eran para ese año aproximadamente unos 5 ó 6,000 en total, sin incluir entre los mismos a los trabajadores de la construcción, del transporte y otras capas del proletariado urbano.

II

Cuando los apologistas de la burguesía regiomontana se refieren al período que acabamos de describir, se van de la lengua atribuyendo las mejores virtudes del mundo a los regiomontanos de entonces, tratando de explicar por este fácil camino el porqué de la industrialización y de todo el desarrollo económico de la región. Para ellos, nuestros abuelos serían: "sobrios, fuertes, dinámicos y emprendedores". Es lógico que sus limitaciones de clase les impidan explicarse racionalmente las causas que favorecieron este desarrollo.

Con un celo digno de mejor causa, estos señores evitan también el referirse a las condiciones de vida en que surgía a la historia la clase obrera neoleonense, que empezó a dar sus primeros pasos al mismo tiempo que aparecían y se desarrollaban estas fábricas modernas y el Estado se adentraba en el capitalismo. Al decir de alguno, los obreros "... disfrutaban de hacer algo por la industrialización, no conocida cinco años atrás..." (**).

José P. Saldaña, en su obra "Apuntes Históricos sobre la Industrialización de Monterrey" que ya hemos citado gasta casi dos páginas —parte de la 23 y la 24— tratando de demostrar al lector que en el "venturoso año de 1903"...

"podemos asegurar que en lo que respecta a la alimentación, en el renglón de la carne, estaban muy bien asistidos los habitantes"...

Y más adelante agrega:

"De todo ello podemos lógicamente deducir que la alimentación de nuestros antepasados, en lo que se refiere al capítulo de que hablamos, era magnífica.

"En las mesas abundaban las legumbres y las frutas. Como era costumbre, en las casas ricas como en las pobres, el "puchero" constituía el platillo fuerte a medio día; entraban a jugar papel importante las legum-

bres: zanahorias, rábanos, repollos, calabacitas, cebollas... y frutas: membrillo, pera, manzana, durazno.

Realmente, resulta muy difícil explicarse el porqué, si nuestros abuelos estaban tan bien alimentados, se lanzaron a una sangrienta revolución que duró siete largos años. ¡Seguramente sería por las puras ganas de gastar las energías que tanta alimentación "magnífica" les producía!

El Lic. Santiago Roel, en su obra "Nuevo León.—Apuntes Históricos", que fue libro de texto en las escuelas secundarias del Estado, dice en el capítulo final de la misma:

"En ningún Estado como en el nuestro las diferencias sociales son menos sensibles. Desde tiempo inmemorial, aquí la clase media es la dominante, y a esta corresponde una buena parte de la obrera y campesina, que sólo es proletaria de nombre, por titularse asalariada. La indígena pura puede decirse que no existe, y apenas comienza a conocerse la rica en el sentido estricto de la palabra, pues los pocos que han podido amasar una fortuna lo deben a sus personales esfuerzos, después de haberse educado en la escuela de las necesidades. No faltan, como sucede en todas partes, quienes se hayan enriquecido con explotaciones inicuas, pero constiuyen muy contadas excepciones. Y la clase miserable, que habita en los suburbios y mantiene aún hábitos de gente primitiva, podemos decir con orgullo que no vio la luz primera en suelo de Nuevo León, pues es producto de constantes inmigraciones de otros lugares del país" (*).

Por desgracia, este cuadro idílico no correspondía en manera alguna a los hechos de la vida diaria de esos años.

No conocemos datos muy exactos sobre los salarios que por entonces se devengaban en Nuevo León, pero podemos valerlos de los datos generales relativos a todo el país, así como de algunas referencias parciales de autores locales.

Por ejemplo, en el trabajo realizado por el Dr. José E. González en 1873, que ya hemos citado, éste calculaba que habría en todo el Estado, entre artesanos y trabajadores de la "industria fabril" como él la llamaba, unas cinco mil personas y agregaba que: "ninguna de ellas podría vivir sin ganar a lo menos \$ 200.00 anuales". En otras palabras, algo así como 53

centavos diarios. Pero obsérvese que Gonzalitos habla en sentido condicionado, de que nadie "podría" vivir sin ese ingreso, porque la realidad era que en esos años, el salario mínimo en la zona norte del país era de aproximadamente 19 centavos (Véase cuadro No. II). Los ingresos reales de los trabajadores eran, por lo tanto, la tercera parte de lo que Gonzalitos consideraba como mínimo ideal.

José P. Saldaña anota en su obra multicitada por nosotros que en 1902 el salario promedio era de \$ 1.00 para los hombres y de \$ 0.80 para las mujeres, en la industria. Para 1906, estas cifras promedio eran de \$ 1.25 los hombres y \$ 1.00 las mujeres. Sin embargo, siempre hay que desconfiar mucho de las cifras promedio en casos como éste, porque esconden la situación real de las capas trabajadoras de la población ya que generalmente se obtienen incluyendo en ellas los salarios de los gerentes, administradores, altos empleados y en general, el personal directivo, no ocupado directamente en la producción.

Para darnos una idea más exacta de la situación, estudiamos el siguiente cuadro:

CUADRO No. II
Salarios mínimos nominal y real en 1877-1910

Año	Salarios mínimos en el país		Idem en la zona norte	
	Nominal	Real	Nominal	Real
1877	22	32	19	29
1887	31	43	—	—
1892	36	26	33	23
1902	41	36	38	33
1907	46	35	49	38
1910	59	36	66	43

Como puede observarse, el salario mínimo para el país aumentó en largos 33 años en un 223% en cuanto a su valor nominal, pero al traducirse a términos de salario real, a precios de 1900, este aumento fue de solo 4 centavos, es decir, en la práctica no hubo ninguna mejoría significativa. En cuanto al salario que se reporta para la zona norte, hubo aumentos más sensibles, pues el valor nominal del salario creció en un 347% y el real, según nuestros cálculos en casi un 150%.

La fuente que hemos venido consultando para estos datos, explica este aumento algo apreciable en la forma siguiente:

"El crecimiento de la industria norteña, que se hizo compitiendo con otras actividades y en un medio relativamente poco poblado, donde escaseaban los trabajadores, se tradujo en un impetuoso aumento de los salarios: éstos habían de actuar como incentivo ocupacional y factor de atracción demográfica" (*).

En verdad, las cosas nos parecen que así fueron, pues otros datos que aportamos en el curso de este capítulo, coinciden en las mismas conclusiones generales. Hay que aclarar, de paso, que al referirnos a la "zona norte" de hecho nos estamos refiriendo de manera más concreta a Monterrey y su zona metropolitana, pues como ya hemos visto, aquí se concentraba el grueso de las fábricas de la región.

Por ramas de industria, los salarios diarios mínimo y máximo eran en el año de 1892, los siguientes:

CUADRO No. III

Salarios por rama de industria en 1892.

Industria	Salario diario mínimo y máximo	
Textil:	\$ 0.40	\$ 1.00
Fundiciones:	0.68	1.20
Cerveceros:	0.49	1.04
Cigarreros:	0.31	0.87

El trabajo infantil era abundante en esos años, calculando algunos autores que en la industria textil había un 12% cuando menos de niños trabajadores. Las mujeres ocupadas en la industria alcanzaban un tercio del total de los trabajadores censados. Claro está que los salarios que se pagaban a los niños y a las mujeres eran sumamente bajos comparados con los que se pagaban a los hombres en los mismos puestos. Por ejemplo, en 1902 el salario máximo para los hombres era de \$ 1.45 y para las mujeres apenas llegaba a los \$ 0.80.

Hay que hacer notar que según las estadísticas correspondientes al año de 1902, el rendimiento medio del obrero en Nuevo León era de \$ 1,800.00 anuales, como lo hemos señalado ya en otra parte de este trabajo. Pues bien, si suponemos que el salario promedio era en ese año de un peso diario, tenemos que el rendimiento era de casi un 500%; pero si partimos del salario mínimo que apenas llegaba a los \$ 0.38 diarios, en-

tonces tendremos un rendimiento que pasa del 1,380%. ¡No les iba tan mal a los señores capitalistas de ese entonces!

Ante la ausencia de toda legislación laboral, los trabajadores estaban sujetos a las condiciones de trabajo que dictaban los patrones a su antojo. Las jornadas de trabajo eran extenuantes, con 10, 12 y hasta 14 horas de duración. Por cierto, en 1907 la Cervecería Cuauhtémoc bajó su jornada de trabajo a sólo nueve horas, desde las 7:30 hrs. de la mañana, hasta las 16.30 de la tarde, lo que motivó que "El Imparcial", diario que entonces se editaba en la capital, comentara que: "con disposiciones como la de esa empresa, netamente mexicana, no cundiría el socialismo" (*).

¡La tradición anticomunista de la Cervecería arranca, como se puede ver, desde muy lejos!

En el interior de las fábricas reinaban condiciones de insalubridad terribles, que minaban la salud de los trabajadores con rapidez. Si como resultado de algún accidente o enfermedad contraída en el trabajo mismo, el obrero no rendía lo que el patrón le exigía, era lanzado a la calle sin piedad. Igual cosa se hacía cuando llegaban a la edad adulta y los patrones no se sentían obligados a proporcionar al infeliz el menor auxilio.

En el trabajo del Dr. Mateo A. Sáenz: "Un curso de Historia de México", se cita al pie de una página el siguiente hecho:

"Una industria local, pujante y próspera —desgraciadamente no cita el nombre— en 1909 "ayudaba" a la familia de un trabajador cuando éste fallecía, "con las velas y cuatro pesos para funerales" (!). Tengo en mi poder un impreso de la factoría que se envanece de ello". Concluye el Dr. Sáenz (**).

No se pagaba el día de descanso semanal ni en general, los días festivos"... en los cuales, por una fatalidad verdaderamente lamentable, también se come". Los obreros sufrían maltratos de palabra y de obra por parte de los capataces y administradores y en algunas fábricas existían las famosas "tiendas de raya", como en las haciendas, en donde se les explotaba por partida doble.

Fue sólo hasta 1906 que el Gobierno del Estado, imitando el ejemplo dado por el Estado de México, promulgó una Ley sobre Accidentes de Trabajo, lo que demostró indirectamente que

el descontento de los trabajadores era ya tan evidente, que obligó al Gobierno a tomar medidas iniciales de carácter legislativo. Esta ley regulaba las indemnizaciones que debían pagarse a los trabajadores que se accidentaban en el interior de los talleres y a pesar de sus limitaciones, no dejó de significar un progreso —aunque mínimo— para la época. Por cierto, hay que mencionar que la inmensa mayoría de los patrones vieron con muy malos ojos la promulgación de esta ley y se negaban a acatarla continuamente, lo que provocó numerosas quejas de los afectados en los primeros años de su vigencia.

A pesar de todo, las condiciones en que vivían los trabajadores en la ciudad eran un poco superiores a las que disfrutaban la inmensa mayoría de los campesinos, por lo que se hacía evidente para esos años primeros del siglo, el flujo constante de la gente del campo hacia Monterrey, buscando alguna mejoría en su situación.

Pero no se crea que los trabajadores neoleonese aceptaban con resignación, sin lucha, este estado de cosas. Al igual que en otros lugares del país, poco a poco, de manera siempre creciente, los obreros recurrían a numerosos actos de protesta, pequeños unos y grandes otros, en demanda de mejorías en sus condiciones de vida y trabajo.

Los historiadores locales rehuyen investigar estos problemas y simplemente ignoran la existencia de tales hechos, pero toda la historia del porfiriato está llena de acciones de lucha de los trabajadores, algunas de ellas de la envergadura que alcanzaron las huelgas de Cananea y Río Blanco, precursoras de la Revolución de 1910.

En Nuevo León las cosas no llegaron hasta esos extremos, pero de todas formas tuvieron lugar algunas huelgas de repercusión nacional o regional. En la "Historia Moderna de México" se cita al Estado en cuarto lugar entre todos los del país, por el número de huelgas registradas durante el porfiriato.

Hay que tomar en cuenta las enormes dificultades que tenía que vencer la joven clase obrera neoleonese para poder encontrar formas adecuadas al expresar su protesta, pues las organizaciones sindicales casi no existían todavía y la experiencia era nula por parte de quienes se ponían al frente de estas acciones.

El código penal del Estado, imitando al del Distrito Federal, castigaba con días de cárcel y fuertes multas a quienes pretendieran el alza o la baja de los sueldos o impidieran el libre ejercicio de la industria y del trabajo por medio de la violencia física o moral.

A pesar de todo, los trabajadores hicieron oír su voz de protesta y sus exigencias económicas en muchas ocasiones. Fueron particularmente combativos los ferrocarrileros, que ya desde entonces ocupaban puestos de vanguardia en la defensa de sus intereses. Según la fuente que venimos consultando para este tema, las huelgas más importantes de aquellos años fueron:

En 1883, los trabajadores que construían el ferrocarril Monterrey-Matamoros, recurrieron a la huelga para conseguir que se les pagara puntualmente.

En 1898, los norteamericanos que trabajaban en el Ferrocarril del Golfo se declararon en huelga como protesta porque uno de los suyos —un maquinista— había sido expulsado del trabajo, habiendo sufrido una severa represión. Esta no fue, por cierto, la primera huelga en esa empresa, pues ya había tenido otras en años atrás.

A fines de 1906 hubo un importante conflicto en la industria textil, que tuvo su centro principal en las fábricas del Estado de Puebla y el Distrito Federal, pero que afectó al final a más de 30,000 obreros, en 22 estados del país. Finalmente, la huelga se resolvió con un laudo del Presidente Díaz, en que se hacían ciertas concesiones a los huelguistas. En Nuevo León, este movimiento afectó a 4 plantas textiles.

En 1907 los tranviarios regiomontanos realizaron dos paros en sus labores, demandando en la primera ocasión que se sustituyera a los inspectores norteamericanos por mexicanos y pidiendo además, aumento de sueldo. De nueva cuenta volvieron al paro a fines del año porque el sueldo no se les había aumentado, al parecer, según promesa del primer movimiento.

En las primeras semanas de 1910 estalló una huelga decretada por la Unión de Plomeros Mexicanos, porque un comercio se negó a firmar contrato de trabajo con esta agrupación. Esta huelga tuvo algunas repercusiones en la prensa nacional.

Indudablemente hubo más movimientos de los trabajadores

algunos que no llegarían hasta la huelga, pero demostrativos del estado de ánimo que se estaba creando entre ellos, pero las fuentes que podemos consultar ahora no nos dan mayores informaciones.

De todas formas, es evidente que a pesar de la importancia que ya para entonces tenía la industria regiomontana el nivel de las luchas obreras no llegó a manifestarse en formas tan agudas como ocurría en otras zonas del país. En nuestra opinión, ello se debió, entre otras causas posibles, a las dos siguientes:

En primer lugar, es evidente que los industriales regiomontanos, tal vez bajo la influencia de las prédicas reformistas de la Iglesia Católica de aquellos años, o tomando experiencia de lo que ocurría en el movimiento obrero de los Estados Unidos y Europa, se preocuparon por mantener un cierto nivel de salario por encima del promedio nacional. Ya hemos señalado líneas atrás, en el Caudro II, que el salario real —a precios de 1900— era en 1910, en esta zona, de 43 centavos, contra 36 que era el promedio nacional. También hemos mencionado el caso de la Cervecería Cuauhtémoc, que ya en 1907 redujo su jornada laboral a nueve horas diarias, lo que significó un paso de cierta importancia, si lo comparamos con lo que ocurría en la inmensa mayoría de las industrias.

Es evidente que estos hechos y otros semejantes, ejercieron su influencia para retrasar la toma de conciencia por los obreros, en relación con lo que ocurría en otras regiones del país, en que el movimiento tuvo un mayor auge por ese entonces.

La otra circunstancia era, sin duda alguna, la extrema juventud de la clase obrera neoleonense, en su mayoría formada por hombres y mujeres venidos de los pueblos vecinos, con la mentalidad campesina que los hacía fáciles víctimas de las prédicas de los ideólogos patronales, que en aquellos años eran sobre todo los religiosos. Explotando este sentimiento tan arraigado en algunos sectores del pueblo, los patrones conseguían mantener sumisos y resignados a los trabajadores, aunque como hemos visto, no siempre accedían a poner la otra mejilla para ser golpeados.

En cuanto al surgimiento de las organizaciones propias de los trabajadores, y en particular, las sindicales, la situación en

el Estado fue un reflejo de lo que ocurría en el país, en donde poco a poco, sobre todo en los años finales del porfiriato, la clase obrera trató de forjar sus instrumentos de lucha.

En 1898 se formó la Hermandad de Ferrocarrileros, que tenía su centro en nuestra ciudad. En 1908 se celebró un congreso de trabajadores rieleros que militaban en la Liga Mexicana de Empleados del Ferrocarril, que contaba con más de 5,000 afiliados, en el que se aprobaron toda una serie de demandas muy interesantes, entre otras, la necesidad de que los ferrocarriles ocuparan puro personal nacional.

Había organizaciones locales que agrupaban sobre todo a artesanos, trabajadores del comercio, de pequeñas industrias, etc., así como agrupaciones ligadas a corrientes nacionales como las existentes en la industria textil y ferrocarrilera. Sin embargo, son muy pocos los datos concretos que tenemos al respecto.

En el terreno nacional se abría paso con fuerza la ideología anarquista, que sustentaban los hermanos Flores Magón, Sarabia y otros, que organizaba su propaganda a través del Partido Liberal, el cual seguramente realizaba también algunas actividades en Monterrey, particularmente entre los empleados y profesionistas, pues no hay que olvidar que entre los años de 1906 a 1912, figuró como uno de los principales líderes de este partido, Antonio I. Villarreal, nativo de Lampazos, que luego fue Gobernador del Estado. Sin embargo, lo que dominaba el medio obrero de aquellos años en Nuevo León era la ideología burguesa, sobre todo en sus formas religiosas, pues por entonces, la Iglesia Católica realizaba a nivel mundial una gran ofensiva en este frente, en torno a la Encíclica Rerum Novarum, del Papa León XIII.

La investigación de estos problemas de la Historia del movimiento obrero en el Estado es un tema fascinante, pues el esclarecimiento de estas cuestiones, que forman la raíz de todo lo que ocurrió a lo largo de la primera mitad del siglo, tiene una particular importancia para el futuro del movimiento. Por desgracia, en este momento las fuentes disponibles no son suficientes para ahondar más en el tema.

Sea como fuere, queda constancia de que ya desde los años primeros del presente siglo, los trabajadores neoleonenses, al igual que sus hermanos del resto del país, dieron muestras